



**HAL**  
open science

# Transiciones a la democracia y democratización en América Latina: un análisis desde la historia del presente

Guillermo Mira Delli-Zotti

► **To cite this version:**

Guillermo Mira Delli-Zotti. Transiciones a la democracia y democratización en América Latina: un análisis desde la historia del presente. XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles: congreso internacional, Sep 2010, Santiago de Compostela, España. pp.1456-1475. halshs-00531195

**HAL Id: halshs-00531195**

**<https://shs.hal.science/halshs-00531195>**

Submitted on 2 Nov 2010

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

# TRANSICIONES A LA DEMOCRACIA Y DEMOCRATIZACIÓN EN AMÉRICA LATINA: UN ANÁLISIS DESDE LA HISTORIA DEL PRESENTE

---

Guillermo Mira Delli-Zotti  
Universidad de Salamanca  
España

---

Esta ponencia identifica en el giro hacia la democracia y su permanencia uno de los fenómenos más llamativos en la Historia reciente de América Latina. Focaliza como tema a debatir la tensión entre sistemas democráticos y democratización efectiva de las sociedades donde aquellos fueron implantados. Para investigarlo propone revisar las transiciones a la democracia en América Latina, contraponiendo a las principales interpretaciones politológicas dominantes las últimas contribuciones derivadas de la Historia vivida, con su énfasis en la historización de la experiencia y la emergencia de memorias subalternas que ponen bajo una nueva luz tanto los hechos del pasado como los afanes refundadores del presente.

Hablando de *Historia del presente*, *reciente* o *vivida* -territorio que se abre paso con ímpetu y entusiasmo dentro de las nuevas formas de hacer historia<sup>-1</sup>, el tema de la recuperación de la democracia, su mantenimiento en el tiempo y sus resultados -en el marco de América Latina- no ha recibido todavía la atención que merece. En este trabajo queremos resaltar

- 
1. Sobre las características de la Historia reciente y algunos debates en torno a su naturaleza pueden consultarse: Julio Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Alianza, Madrid, 2004; Marina Franco y Florencia Levín (comps.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Paidós, Buenos Aires; y un estimulante comentario sobre los textos anteriores: Luciano Alonso, «Sobre la existencia de la historia reciente como disciplina académica», *Prehistoria*, año XI, n° 11, 2007, pp. 191-204.

y explorar la contradicción que plantea la gran ilusión que despertó hace ahora entre 20 y 30 años la llegada de la democracia (para quedarse) a una región con una raquílica tradición de democracia política (clausurando así una tendencia que sólo unos pocos países habían sorteado a lo largo del siglo XX, como Uruguay, Chile o Costa Rica) con el hecho de que, después de varias décadas de ejercicio, sus resultados hayan sido decepcionantes, los ciudadanos que alguna vez albergaron grandes ilusiones y expectativas con el giro hacia la democracia, estén hoy instalados en el desencanto, la resignación o el cinismo, y que los desempeños en general –tanto en lo que atañe al funcionamiento del sistema político-institucional como al comportamiento de estos países globalmente considerados-, no conciten en ningún caso la satisfacción o la adhesión entusiasta de los gobernados (entre quienes aquellos que viven miserablemente pueden alcanzar el 50% de la población e incluso superarlo)<sup>2</sup>. Este contrasentido alimenta la pregunta: ¿cuál podría ser el balance de la *Historia del presente* para América Latina? La respuesta encalla en una sinfonía de matices y ambigüedades.

Marina Franco y Florencia Levín no dudan en abrir fuego con una sentencia rotunda: «La historia de la historia reciente es hija del dolor»<sup>3</sup> (afirmación que no circunscriben sólo a Latinoamérica). Naturalmente, si evocamos periodos dictatoriales más o menos brutales como los que padecieron Brasil, Bolivia, Uruguay, Chile, Argentina, Guatemala o El Salvador (o experiencias como las atravesadas por Colombia, Perú o Nicaragua, alejadas de las «clásicas» dictaduras militares de los 70' y, sin embargo, no menos traumáticas), la sentencia parecería inobjetable. Pero si al mismo tiempo constatamos que un tema central de la *Historia reciente* es la expansión de la democracia a través del subcontinente (salvo en Cuba), con coda su carga positiva de esperanza y progreso, entonces, ¿cómo armonizar el carácter sombrío de la afirmación de Franco y Levín (constatable, por otra parte, a través del testimonio de cientos de miles de víctimas de sistemas represivos, masacres y genocidios registrados dentro y fuera de América Latina), con el alumbramiento de una democracia que, precisamente, marcaría la superación de los tenebrosos regímenes dictatoriales previos? ¿O, acaso las actuales democracias son tan imperfectas precisamente porque son hijas de esas dictaduras de cuyos legados no se han podido desprender?

Partiendo de este dilema, quisiéramos reevaluar las «transiciones desde un gobierno autoritario» para ver si la *Historia del presente* puede proveer formas originales de abordaje y nuevos sentidos a ese momento «fundacional» de un nuevo orden político que prometía también un

2. Muchas de las insuficiencias y los «déficits democráticos» aquí sugeridos se hayan bien desarrollados en el *Informe del PNUD: «La democracia en América Latina»*, 2004.

3. M. Franco y F. Levín, *Historia reciente*, p. 15.

nuevo espíritu de convivencia. Antes quisiéramos adelantar un punto que ilustra la cuestionable calidad de los resultados obtenidos por el modelo que desplazó a las dictaduras: en la actualidad, las democracias latinoamericanas no sólo no son valoradas con entusiasmo por sus ciudadanos, sino que objetivamente muestran graves grietas también para observadores externos y académicos. Por ejemplo, desde la perspectiva del rendimiento económico, Mainwaring y Pérez Liñán no han podido explicar por qué, con resultados tan mediocres, estas democracias de la «tercera ola» han logrado sobrevivir prácticamente sin sobresaltos, cuando en etapas anteriores y con mejores índices de crecimiento, modelos similares fueron interrumpidos por regímenes autoritarios. ¿Cómo explicar que se prolonguen en el tiempo democracias que brindan tan escasas satisfacciones materiales a la población? ¿Cómo explicar –en el caso específico de América Latina– que la consolidación de la democracia no parezca guardar ninguna correspondencia con el desarrollo económico o, al menos, con incrementos significativos en la renta per cápita de aquellos países? (como estos autores sí pudieron constatar para otras regiones del planeta)<sup>4</sup>.

Retomando el problema planteado al principio: la relación entre el ADN de las actuales democracias latinoamericanas y el momento seminal de la transición que las fecundó, lo primero sería reconocer que el discurso sobre cómo se instaló la democracia al sur del río Bravo fue monopolizado por la Ciencia Política. Tanto la compilación de O'Donnell, Schmitter y Whitehead<sup>5</sup>, como el libro de Huntington acuñando el concepto de «Tercera Ola» se convirtieron en textos canónicos para acceder al tema e interpretar un cambio político que parecía decisivo en la historia reciente del subcontinente. A la distancia se comprueba que ambas piezas, antes que por un afán minucioso de descripción de los hechos que tuvieron lugar, parecían mucho más motivadas por encontrar un modelo interpretativo capaz de dar cuenta de un fenómeno inesperado. ¿Cómo, bajo nuestros pies y en un periodo tan corto de tiempo, había tenido lugar un giro tan radical desde crueles dictaduras que parecían inamovibles el día anterior, a prometedoras democracias que se abrían paso entre la contingencia y la euforia? Tal vez la magnitud del cambio aconsejaba prudencia y por eso ambos textos tienen algo de manual de instrucciones para demócratas noveles<sup>6</sup>. Pero además, tanto la compilación de O'Donnell y sus colegas

4. Scott Mainwaring y Aníbal Pérez-Liñán, « Nivel de desarrollo y democracia : el excepcionalismo latinoamericano (1945-1996) », *América Latina Hoy*, 36, 2004, pp. 189-248.

5. Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead, *Transiciones desde un gobierno autoritario. 2 América Latina*, Paidós, Barcelona, 1986; Samuel P. Huntington, *La Tercera Ola. La democratización a finales del siglo XX*, Paidós, Buenos Aires, 1994 [1991].

6. «Guía para democratizadores» se titula un apartado de la obra de Huntington, *La tercera Ola...*, pp. 134 y ss.

como el best seller de Huntington compartían un punto de vista común, donde el concepto «democracia» era sinónimo de democracia liberal representativa y su definición quedaba reducida a los principios enunciados por Robert Dahl en su «poliarquía»<sup>7</sup>.

Con el despliegue de los acontecimientos, la argumentación inicial esgrimida por O'Donnell, Schmitter y Whitehead (que se trataba de un proceso lineal-secuencial, comenzando con la liberalización de la dictadura, la celebración de elecciones limpias

–transición– y la posterior consolidación y persistencia de la democracia, motorizada por los partidos políticos; que la clave estaba en la estrategia de las élites (militares y civiles) para negociar la transición, y que era necesario desactivar la participación y las demandas de los sectores populares si se querían evitar regresiones autoritarias) se vio desmentida por la realidad. Retrospectivamente, tampoco resultan adecuadas las causas que Huntington blandió en su momento para explicar qué factores habían hecho posible la llegada de la democracia. Al menos para la mayoría de los países latinoamericanos afectados por la transición, los cinco indicadores enunciados por este autor proveían explicaciones inadecuadas o insatisfactorias<sup>8</sup>.

Finalmente, habría que subrayar que ambas obras combinan el estilo académico con un fuerte sesgo ideológico. Esto va mucho más allá de la militancia entusiasta de sus responsables a favor de la democracia y en contra de las dictaduras. Por ejemplo, al finalizar su primer capítulo Huntington lanza esta declaración de principios: «El futuro de la democracia en el mundo tiene una importancia especial para los norteamericanos. Los Estados Unidos son el primer país democrático en el mundo moderno, y su identidad como nación es inseparable de su compromiso con los valores liberales y democráticos (...) De este modo, el futuro de la libertad, la estabilidad y la paz, y los Estados Unidos dependen de alguna medida de la estabilidad de la democracia»<sup>9</sup>. Por su parte, Paul Cammack hace esta evaluación de la otra obra de referencia citada: «O'Donnell y Schmitter... dejan perfectamente en claro (tal como Linz y Stepan) que ellos han preferido dar más importancia a la estrategia

7. Es decir: 1. libre asociación y expresión (derechos cívicos) y 2. participación electoral (derechos políticos), en Alan Knight, «Las tradiciones democráticas y revolucionarias en América Latina», *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*, vol. 2, n° 1, 2003, p. 6.

8. Hay que reconocer que es muy difícil identificar causas comunes para un fenómeno tan complejo que se hizo presente en más de 30 países. Las causalidades de Huntington encajan mucho mejor en unos casos que en otros, notablemente para España y Portugal, pero sus explicaciones son mucho más cuestionables para América Latina. Los cinco factores apuntados son: 1. El declive de la legitimidad y el dilema del desempeño de las dictaduras; 2. Crisis después de un largo periodo de desarrollo económico; 3. Cambios en la Iglesia Católica a favor de la democracia; 4. Nuevas políticas de agentes externos (USA, URSS y el Vaticano) en el mismo sentido y 5. Efecto demostración o «bola de nieve».

9. Huntington, *La tercera Ola...*, p. 40.

de la élite por sobre la estructura porque la democracia sólo funcionará si la capacidad de las fuerzas de izquierda y de la clase trabajadora para conformarla está limitada»; por ende, «su neutra contribución a la ciencia política» es, de hecho, «una intervención altamente ideológica en la política contemporánea»<sup>10</sup>.

A continuación abordaremos las transiciones con las herramientas de la *Historia del presente* y desde una perspectiva regional. Sostenemos que los procesos de transición a la democracia en América Latina, si bien coincidentes en el tiempo, presentan la misma heterogeneidad que las diversas regiones y países que conforman Latinoamérica, y que sus causas responden a una geometría variable de factores endógenos y exógenos a cada uno de los países concernidos; donde las tradiciones y prácticas políticas locales, cuestiones económicas, étnicas y culturales pueden tener un papel tan importante como la geopolítica o el sistema financiero internacional. Adoptaremos una metodología de análisis que prioriza los estudios de caso, insertos en lógicas regionales más amplias. Comenzaremos con la República Dominicana para, respetando la cronología de las transiciones, descender a los países andinos, desplazarnos a continuación hasta el Cono Sur y finalmente cerrar el análisis con Centroamérica. La perspectiva histórica ayudará a deconstruir narraciones cristalizadas acerca de las razones que justificaron la intervención de los militares o las bondades que creyó encontrar la ciudadanía en esos regímenes dictatoriales haciendo omisión de sus ilegalidades y abusos; echando mano de fuentes, testimonios y memorias -subterráneas o subalternas- que contribuyan a mejorar el conocimiento de las peripecias del origen y desenvolvimiento de nuestras democracias.

## Estudios de caso: República Dominicana

Ocurrió a fines de la década de 1960. El periodista italiano Sergio de Sanctis consiguió entrevistar al presidente de la República Dominicana, don Joaquín Balaguer, esquivo y enigmático durante toda la conversación. Al despedirse, Balaguer interrogó al reportero:

- Ud. va a ir a Cuba, ¿verdad?
- Sí, respondió sorprendido De Sanctis.
- Si ve a Caamaño, dígame que lo estamos esperando. De Sanctis se retiró intrigado<sup>11</sup>. Años más tarde, en 1973, Caamaño desembarcó en la isla con la intención de derrocar a Balaguer. Murió asesinado por el régimen.

A pesar de que el imaginario colectivo sitúa la cancelación de la dictadura del generalísimo Trujillo con la elección de Joaquín Balaguer

10. Citado en Alan Knight, «Las tradiciones democráticas y revolucionarias...», nota 60, p. 40.

11. «Memorias de un viaje por América Latina», conferencia dictada por Sergio De Sanctis, Salamanca, Instituto de Iberoamérica, mayo 2008.



en 1966, lo cierto es que su régimen no fue más que la continuación del trujillismo, apoyado por la élite económica isleña, las Fuerzas Armadas que habían estado al servicio del dictador y el gobierno de los Estados Unidos. Se cumplía así el análisis de Chehabi y Linz al analizar la herencia perversa de lo que clasificaron como regímenes sultanísticos (como el que había presidido el Generalísimo a lo largo de 31 años): la dificultad para transitar hacia un sistema verdaderamente democrático una vez desaparecido el jefe máximo<sup>12</sup>. La amenaza que se cernía sobre el Caribe con la revolución cubana, el asesinato de Trujillo en 1961, la guerra civil que incendió República Dominicana como consecuencia del derrocamiento del reformista Juan Bosch (elegido democráticamente pero acusado de comunista) y la defensa de la legitimidad de su gobierno por un sector progresista del Ejército (liderado por el desafortunado Coronel Caamaño), forzaron la invasión de los marines norteamericanos y luego la entronización de Joaquín Balaguer, mano derecha de Trujillo en vida, convertido ahora en líder de un post-trujillismo con fachada democrática. La rutina política era bastante brutal: intimidación y aniquilamiento de los opositores (la persecución y asesinato de Caamaño es solo un botón de muestra), fraude sistemático en las elecciones, clientelismo y favoritismo en la camarilla gobernante, uso discrecional de los recursos del Estado contra los desafectos... ¿Cómo se convirtió la República Dominicana en punta de lanza de la ola democratizadora que –siguiendo a Huntington– inundó América Latina tras la estela de unas elecciones perdidas por Balaguer en 1978?

En primer lugar, hay que aclarar que no existió una conexión directa entre los procesos de democratización iniciados en Europa meridional (principalmente en Portugal y España) y lo que ocurrió en la isla caribeña. Pero tampoco se pueden desconocer las influencias externas. En un país tan pequeño y vulnerable como la República Dominicana, los acontecimientos internacionales no pueden dejar de influir su política interior. En 1978, dos acontecimientos ligados con el exterior (que venían fraguándose desde algún tiempo atrás) impidieron a Balaguer manipular los resultados electorales como había sido su práctica habitual hasta entonces. Por un lado, el acercamiento de uno de los partidos opositores al régimen –el Partido Revolucionario Dominicano (PRD)– a los demócratas norteamericanos, que produjo un vuelco en la actitud de Estados Unidos hacia la isla tras la elección de Jimmy Carter y la puesta en marcha de su política de defensa de la democracia y respecto a los derechos humanos<sup>13</sup>.

---

12. Juan Linz y H.E. Chehabi, *Sultanistic Regimes*, The John Hopkins University, Baltimore, 1998.

13. Sobre el sistema político dominicano: Jacqueline Jiménez Polanco, *Los partidos políticos en la República Dominicana. Actividad electoral y desarrollo organizativo*, Editora Centenario, Santo Domingo, 1999.

Por otro, el ingreso de este mismo partido en la Internacional Socialista, organización con base en Europa Occidental que, a partir de 1976, se había remozado bajo el liderazgo de Willy Brandt, Olof Palme, François Mitterrand y otros destacados líderes, y había emprendido una audaz ofensiva sobre América Latina para conseguir adhesiones, fortalecer la organización y divulgar sus valores democráticos y pacifistas por la región. «El espaldarazo de la Internacional Socialista a la candidatura de Antonio Guzmán se sumó a las presiones del gobierno norteamericano de Jimmy Carter, para impedir las maniobras continuistas de Balaguer y favorecer el ascenso al poder del candidato del PRD...»<sup>14</sup>. En su estrategia de penetración en América Latina, la Internacional Socialista organizó dos misiones especiales a la República Dominicana, la primera de ellas encabezada por Mario Soares, entonces primer ministro de Portugal, que dio su respaldo al partido de Peña Gómez y gran visibilidad internacional a los comicios que se preparaban en la isla. Del mismo modo, cuando Balaguer se preparaba para trucar los resultados, una oportuna llamada telefónica del presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez (destacado líder de la Internacional en América Latina) lo disuadió, bajo la amenaza de interrumpir los suministros de petróleo a la isla<sup>15</sup>. Al triunfo del PRD no siguió, sin embargo, un camino de rosas. El PR (Partido Reformista) de Balaguer continuó dominando el Senado, desde donde pudo bloquear la mayoría de las propuestas reformistas del nuevo gobierno. Las desavenencias en el seno del partido vencedor empañaron su labor y, aunque repitió triunfo en 1982, el estallido de la deuda externa terminó de alejar definitivamente sus promesas de cambio. En 1986 Balaguer volvería al poder. No obstante, no debería menospreciarse su derrota de 1978 como un primer paso hacia el respeto al juego democrático en la República Dominicana.

Pero tampoco habría que caer en una asociación significativa entre lo que ocurrió en la isla y la cascada de elecciones democráticas que siguieron en Ecuador (1979-1980), Perú (1980) y Bolivia (1980-1982), aunque la cronología sugiera lo contrario.

---

14. Jacqueline Jiménez Polanco, *Los partidos políticos...*, p. 125.

15. Fernando Pedrosa, *Los límites del voluntarismo. La Internacional Socialista (IS) en América Latina*. Salamanca, tesis doctoral, 2009. Sobre las misiones a la República Dominicana, pp. 291-300 y 316-324. Allí también se encuentra la oportuna intervención de Carlos Andrés Pérez en aras de la limpieza de los comicios, p. 323. La investigación de Pedrosa constituye una de las más recientes y espectaculares contribuciones a la historia de las transiciones a la democracia en América Latina. El autor exhumó cuidadosamente la documentación que contiene el Instituto de Historia Social de Ámsterdam (International Instituut loor Sociale Geschiedenis), que contiene el archivo histórico de la IS y el de Bernt Carlsson, su secretario general entre 1976 y 1983.



## Países andinos

Cuando abordamos los países andinos<sup>16</sup> hay que consignar primero una diferenciación y después una curiosa paradoja. Lo primero es que de un lado queda Ecuador, y del otro Perú y Bolivia. Globalmente se constata que los regímenes autoritarios encabezados por las Fuerzas Armadas, que en cada uno de los tres países dieron paso a la implantación de la democracia, no son en absoluto homologables; y al mismo tiempo, que existió un claro desajuste entre «transición política» y «procesos de democratización», estos últimos más vivos que nunca en la actualidad de dichos países.

En lo que afecta al limitado concepto político de «transición a la democracia»<sup>17</sup> debemos convenir que, en el caso de Ecuador, ésta se produjo entre 1977 y 1980 por acción e impulso de un sector de la élite militar en el poder, protagonista de un proyecto de «modernización» que buscaba erradicar las viejas prácticas oligárquicas, patrimonialistas y excluyentes de las formaciones políticas (incluyendo las populistas) que habían manejado hasta entonces la política del país. Fueron los militares quienes buscaron sentar las bases institucionales hacia lo que podría caracterizarse como una moderna democracia liberal, eso sí, con muy poca presión de las bases<sup>18</sup>.

No fue así en Perú y Bolivia, donde la movilización popular, en cambio, explicaría en parte (pero sólo en parte) la convocatoria a elecciones y la salida democrática<sup>19</sup>. La paradoja es que en estos dos países el estreno de la democracia y su posterior prolongación en el tiempo (que tal vez resulte excesivo llamar «consolidación») siguió un curso muy alejado (si no contrario) a las aspiraciones de los sectores sociales que la habían promovido. Y por razones distintas en cada caso. La salida democrática en Perú, marcada por la celebración de una Asamblea Constituyente en 1978-1979 y el posterior llamado a elecciones en 1980 que dio el triunfo a AP (Acción Popular) del arquitecto Fernando Belaunde Terry, fue el resultado directo de la impotencia de la administración del militar Morales Bermúdez para gobernar el país. A la bancarrota económica y la fuerte movilización social heredada del gobierno reformista de su antecesor, Velasco Alvarado, que se había convertido en una conflictividad ingobernable, Morales

16. Cuando hablamos de «países andinos» nos estamos refiriendo a Ecuador, Perú y Bolivia como sociedades herederas del Imperio incaico, con poblaciones descendientes de amerindios dentro de las cuales destacan quechuas y aymaras.

17. Tal como la entienden O'Donnell en su clásico: *Transiciones desde un gobierno autoritario*

18. Francisco Sánchez, *¿Democracia no lograda o democracia malograda? Un análisis del sistema político del Ecuador: 1979-2002*, FLACSO-Instituto de Iberoamérica, Quito, 2008, pp. 27-50.

19. Para Perú es muy convincente el cuadro de movilización social que presenta Carlos Degregori: «Identidad étnica, movimientos sociales y participación política en el Perú», en Alberto Adrianzén y otros, *Democracia, etnicidad y violencia política en los países andinos*, IEP-IFEA, Lima, 1993, pp. 122-124. Para un panorama del proceso político en Bolivia desde la revolución de 1952: James Dunkerley, *Rebelión en las venas. La lucha política en Bolivia 1952-1982*, Plural, La Paz, s/f.

Bermúdez opuso un proyecto «contrareformista» al plan original de Velasco (nacionalización de los recursos naturales, reforma agraria, no alineamiento internacional, liquidación del orden colonial) y se vio impotente ante la crisis económica que a partir de 1973-75 atenazó al país<sup>20</sup>. La convicción de que las Fuerzas Armadas peruanas no podían continuar en el gobierno sin graves consecuencias para su cohesión interna, más el convencimiento de los Estados Unidos de que la ineptitud y corrupción de los militares no podrían afrontar los compromisos financieros contraídos por el país, aconsejaron el retorno de los uniformados a los cuarteles y una salida electoral. Las demandas maximalistas de los sectores populares, la polarización y el fundamentalismo ideológico que fue ganando a una sociedad en ebullición, y la fragmentación de las formaciones de la izquierda (incluido el APRA), pusieron en bandeja el triunfo al mismo partido que había sido expulsado del gobierno por el golpe de estado de 1968. Solo que habían pasado más de diez años desde entonces, el país estaba cambiando aceleradamente, el contexto internacional era mucho menos favorable que en 1968, y el muy moderado Belaunde Terry era incapaz de vislumbrar el volcán sobre el que se asentaba su mandato: bajo su parsimonia estallaron y engordaron la fiereza de la insurgencia armada y la crisis de la deuda externa<sup>21</sup>. Su sucesor, el aprista Alan García, quien representaba al partido que históricamente había simbolizado la lucha contra el poder oligárquico en Perú (y a su modo, a favor de una sociedad más democrática), se descubrió prisionero de un dramático cuadro general que su administración contribuyó a empeorar: la ilusión de la democracia, el desafío a los organismos financieros internacionales y una opaca estrategia contrainsurgente contra un enemigo feroz –Sendero Luminoso– empujaron el país hacia el abismo. La crisis multidimensional cernida sobre el Perú (como nunca antes en el pasado), el temor al colapso de la Nación, la percepción de una emergencia general y la pulverización del sistema de partidos (entre otros factores) dejaron el escenario electoral en manos de dos outsiders: triunfó el más astuto y, por lo que se vio a continuación, el que menos creía en la democracia liberal (y en la democracia a secas)<sup>22</sup>.

20. Julio Cotler, «Las intervenciones militares y la «transferencia del poder a los civiles» en Perú», en Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead (comps.), *Transiciones desde un gobierno autoritario. 2 América Latina*, Paidós, Barcelona, 1986, cap. 7, pp. 238-257.

21. Julio Cotler, *op. cit.*, pp. 254-259.

22. Existe mucha literatura sobre el flagelo terrorista que desafió y condicionó profundamente la estrenada democracia en el Perú. Dos excelentes investigaciones, centradas ambas en Sendero Luminoso –el principal grupo insurgente de la época– y la trayectoria de su líder son: Gustavo Gorriti, *Sendero. Historia de la guerra milenaria en el Perú*, Planeta, Lima, 2009 [1990]; y Santiago Roncagliolo, *La cuarta espada. La historia de Abimael Guzmán y Sendero Luminoso*, debate, Lima, 2007. Con respecto a la quiebra del sistema de partidos peruano en las elecciones de 1990: Rene Antonio Mayorga, *Antipolítica y Neopopulismo*, CEBEM, La Paz, 1995, cap. III, pp. 49-60.

El triunfo de un ciudadano de origen japonés (o tal vez japonés él mismo), así como el posterior ascenso al gobierno de un descendiente de los incas, ¿no habla acaso de un proceso de democratización en Perú? Sin duda, pero parece evidente que existe un profundo *decalage* entre la transición y la democratización, puesto que el líder antipolítico que gobernó durante una década (Alberto Fujimori), celebrando (y ganando) elecciones regularmente, no sólo prescindió de los partidos para gobernar, sino también de los principios más elementales que se atribuyen a la democracia menos pretenciosa (libertades públicas, libertad de prensa, seguridad personal, elecciones limpias, autonomía de los poderes institucionales, etc.)<sup>23</sup>. Hay pocas dudas que hacia el año 2000 la democracia en Perú continuaba como una asignatura pendiente.

Pero tal vez el caso de Bolivia sea aún más ilustrativo para nuestro argumento. Sería muy largo referir la crónica de los hechos. Como bien describe Laurence Whitehead, la transición a la democracia en Bolivia fue un tortuoso culebrón escenificado entre 1978 y 1982<sup>24</sup>. En resumen, el camino a las urnas fue promovido por el líder indiscutido de la dictadura, Hugo Bánzer, que había gobernado el país con puño de hierro entre 1971 y 1978; este mismo dictador, aún antes de asentarse un sistema electoral, creó y lideró el partido político que desde un principio resultaría clave para el funcionamiento de la democracia posterior; más aún, impuso la economía política sobre la que descansaría el tan elogiado «ejecutivo parlamentarizado», artífice de la estabilidad de Bolivia a lo largo de casi 20 años (1985-2003)<sup>25</sup>. Sin embargo, no deberíamos equiparar estabilidad política con democracia (y mucho menos con democratización). Ya en el nuevo siglo, la crisis abierta con el derrocamiento de González Sánchez de Losada y el doble triunfo de Evo Morales a la presidencia de Bolivia, con cambios radicales aplaudidos y cuestionados con igual pasión, justifican revisar qué polvos trajeron estos lodos.

En una brevísima recapitulación, la transición a la democracia en Bolivia significó el abandono del modelo estatista, nacionalista y popular que pretendió desarrollar el MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario) a partir de la revolución de 1952, y el paso a una economía de libre mercado de cuño neoliberal. El ariete de esta inflexión radical fue el general Hugo Bánzer, primero a través de una dictadura legitimada por la doctrina de la seguridad nacional, pero cuyos móviles internos fueron aniquilar el

23. Una evaluación de los gobiernos de Alberto Fujimori en: Henry Pease García, *La autocracia fujimorista. Del Estado intervencionista al Estado mafioso*, FCE-Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2003.

24. Laurence Whitehead, «La democratización frustrada de Bolivia, 1977-1980», en Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead (comps.), *Transiciones desde un gobierno autoritario. 2 América Latina*, Paidós, Barcelona, 1986, cap. 3, pp. 79-111.

25. Simón Pachano, «El peso de lo institucional: auge y caída del modelo boliviano», *América Latina Hoy*, 43, 2006, pp. 15-30.

movimiento obrero vinculado a la siempre conflictiva minería altiplánica y, en paralelo, fomentar el despegue del Oriente boliviano; pero no utilizando los mecanismos del mercado con los que la dictadura dijo alinearse, sino a través de la coacción, la violencia, la represión clandestina, el clientelismo y las prebendas, y el uso sectario del aparato del Estado<sup>26</sup>. Bánzer, como representante de los intereses agrarios del Oriente del país (incluida la transformación de hoja de coca en cocaína) transfirió recursos del Altiplano hacia Santa Cruz, a través de exenciones impositivas, subsidios, precios preferenciales, aranceles especiales, etc. Alentó la inversión extranjera para dotar de infraestructuras esa región en particular, recibió el apoyo incondicional de los Estados Unidos en su lucha contra el comunismo, pero se cuidó muy bien de no mermar los beneficios del narcotráfico (a lo que su poderoso aliado hizo la vista gorda), que siempre adornaron su gestión. Cuando el deterioro de la situación económica exacerbó la protesta social (roto el pacto sindical-campesino y en pie de guerra los trabajadores de la minería estatal a pesar de la brutal represión), Bánzer diseñó un traspaso maquillado del poder a otro militar, pero fracasó. El proceso se descontroló. Al perder la iniciativa y ante el peligro de que se le exigieran responsabilidades por sus actos creó un partido político (ADN, Acción Democrática Nacionalista), al mismo tiempo un vehículo personal y una representación de la burguesía agroindustrial cruceña que él había contribuido a consolidar, buscando ante todo la impunidad parlamentaria ante eventuales exigencias de responsabilidades<sup>27</sup>. No sin algo de fortuna, su estrategia acabó triunfando. La esperpéntica dictadura de su camarada de armas, el general Luis García Mesa (que elevó el narcotráfico a actividad habitual ejercida por las Fuerzas Armadas) levantó la oposición enérgica de Estados Unidos, que contribuyó a su derrocamiento y al retorno de la democracia. Pero la coalición de izquierdas liderada por el viejo líder Hernán Siles Suazo, -legítimo vencedor en los comicios de 1980 (que habían sido dejados en suspenso por un sangriento golpe de estado) – fue incapaz de lograr la gobernabilidad. Y en medio del marasmo económico e intentos de golpe de estado, decidió entregar el gobierno anticipadamente. En esta situación de máxima gravedad, con una inflación superior al 10.000 por ciento anual, se fraguó el Pacto por la Democracia. ADN, el partido más votado en los comicios de 1984, haciendo profesión de fe democrática, cedería el gobierno a sus adversarios del MNR en coalición con otras fuerzas menores, a cambio del compromiso (por parte de Paz Estenssoro) de dismantelar la matriz estado-céntrica y renunciar a la economía intervencionista y dirigista, sustituyéndola por la NPE (Nueva Política

26. Vide: Rocío Estremadoiro Rioja, *Algunas dimensiones de análisis a partir de la matriz ideológica de la dictadura de Bánzer en Bolivia*, Tesis de Maestría, Salamanca, 2008, pp. 54-65.

27. Martín SAVAK, *El dictador elegido. Biografía no autorizada de Hugo Bánzer*, Plural, La Paz, 2001, pp. 221-264.

Económica), la ingeniería de reformas neoliberales implementadas desde la sombra por el todopoderoso ministro de Economía Gonzalo Sánchez de Losada<sup>28</sup>. No es un detalle menor recordar que, después de Pinochet y su modelo económico de inspiración friedmaniana, fue en Bolivia (un lustro antes del famoso Consenso de Washington) donde se impuso un neoliberalismo radical que a partir de los 90 se convertiría en la pócima mágica para superar los males históricos que aquejaban a América Latina.

## Los países del Cono Sur

Apenas en los últimos 15 años la evaluación sobre las dictaduras militares del Cono Sur (Chile 1973-1989; Uruguay 1973-1985 y Argentina 1976-1983) ha venido experimentando cambios espectaculares. Tal vez en esta región y en relación con esas experiencias dolorosas y traumáticas es donde se han acumulado e impactado más fuertemente sobre la esfera pública testimonios, productos culturales, intervenciones diversas y memorias que, desafiando las interpretaciones clásicas sobre dichas dictaduras (difundidas por las propias Juntas militares), alimentan actualmente las más apasionadas «luchas por la memoria»<sup>29</sup>. Vale la pena recordar que las hoy descoloridas y recusadas dictaduras encabezados en su día por Pinochet, Videla o los comandantes uruguayos contaron en su apogeo con amplios apoyos sociales y, lo que es más importante, consiguieron atesorar la hegemonía ideológica contra las «fuerzas subversivas» que buscaban, según ellos, extender el caos, implantar el comunismo y derribar los valores «occidentales y cristianos» sobre los que se asentaban sus pueblos. Sin embargo, la semejanza entre los planteamientos, objetivos y aparatos represivos desplegados por las tres dictaduras aludidas (en algunos casos coordinadamente), no guarda relación con el tipo de salida democrática que transitó cada uno de estos países.

Durante mucho tiempo se afirmó que mientras Argentina había vivido una transición hacia la democracia «por colapso» o «derrumbe» del régimen militar, en el caso de Uruguay y Chile el cambio político había sido a través de un pacto. Esta tesis merece importantes matizaciones. Es verdad que la transición a la democracia en Argentina constituyó un caso singular en el contexto latinoamericano; fue el único país donde el gobierno surgido de las urnas (a finales de 1983) se propuso trazar un corte tajante

---

28. Juan Carlos Torre, *El proceso político de las reformas económicas en América Latina*, Paidós, Buenos Aires, , 1998, pp. 42-45.

29. Un texto que refleja la perspectiva de los militares: Ambrosio Romero Carranza, *El terrorismo en la historia universal y en la Argentina*, Desalma, Buenos Aires, 1980. Por el contrario, dos ejemplos sobresalientes que dinamitan las autojustificaciones esgrimidas por los militares sobre su actuación: Pilar Calveiro, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Colihue, Buenos Aires, 1998; y Hugo Vezzetti, *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.



con el pasado: decidió juzgar a los responsables por las violaciones contra los derechos humanos como fuente legitimadora del nuevo Estado de derecho, buscó la depuración de la institución militar y su subordinación a la autoridad civil, trató de romper con las políticas económicas de la dictadura y quiso introducir reformas institucionales (como la figura del primer ministro, el traslado de la capital o la democratización de los sindicatos) y sociales de gran calado<sup>30</sup>. Pero en líneas generales fracasó, y esto no sólo por la pesada herencia económica recibida (la asfixiante deuda externa y el fantasma de la hiperinflación condicionaron cualquier acción de gobierno), sino por la fortísima resistencia de los militares que jugaron como un factor desestabilizador a lo largo de la administración de Alfonsín<sup>31</sup>. Las Fuerzas Armadas, protagonistas del periodo más negro de la historia argentina reciente, se retiraron a los cuarteles desprestigiadas pero triunfantes: ocho años y un régimen despótico de terror habían sido suficientes para marcar las tendencias económicas y sociales del país en el futuro<sup>32</sup>. Ante la triple amenaza constituida por el estallido de la deuda externa, la derrota en la guerra de Malvinas y las desavenencias en el seno de las tres armas, los militares decidieron dar paso a los civiles, no sin antes decretar una autoamnistía y negociar su impunidad con el Partido Justicialista, presumible vencedor en las elecciones previstas para octubre de 1983<sup>33</sup>: una transición por pacto más, si no fuera porque el peronismo fue derrotado por la Unión Cívica Radical y la tozudez del nuevo Ejecutivo sentó en el banquillo a los Comandantes de la dictadura en el histórico Juicio a las Juntas<sup>34</sup>. Esto no pareció suficiente para las organizaciones de derechos humanos, y resultó demasiado para los uniformados: los militares no pararon hasta arrollar a Alfonsín, que tuvo que ceder y tampoco consiguió hacer frente al marasmo de la economía, debiendo adelantar las elecciones ante un «golpe de Estado económico» que puso al país al borde del colapso<sup>35</sup>. Su sucesor, Carlos Menem, amnistió a los

- 
30. Raúl Alfonsín, *Memoria política. Transición a la democracia y derechos humanos*, FCE, Buenos Aires, 2004; Alfredo Pucciarelli (coord.), *Los años de Alfonsín ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2006;
  31. Roberto Gargarella, María Victoria Murillo y Mario Pecheny (comps.), *Discutir Alfonsín*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2010.
  32. Marcos Novaro y Vicente Palermo, *Historia Argentina 9. La Dictadura militar 1976/1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*, Paidós, Buenos Aires, 2003.
  33. Las ideas del candidato peronista a las elecciones de 1983 aparecen compiladas en: Italo Argentino Luder, *Luder. Ideas y propuestas*, Corregidor, Buenos Aires, 1983. En cuanto al acuerdo suscrito por el peronismo con los militares (y denunciado por el candidato Alfonsín bajo el rótulo de «pacto sindical-militar») nos fue confirmado por el prestigioso economista Pablo Gerchunoff, que oficiaba como asesor del equipo económico que se haría cargo del gobierno de Luder. Entrevista en Buenos Aires, agosto 2009.
  34. Sergio Ciancaglini y Martín Granovsky, *Nada más que la verdad. El juicio a las Juntas*, Planeta, Buenos Aires, 1995; Claudia Feld, *Del estrado a la pantalla: Las imágenes del juicio a los ex comandantes en Argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.
  35. Luis Majul, *Por qué cayó Alfonsín. El nuevo terrorismo económico*, Sudamericana, Buenos Aires,



uniformados junto a un puñado de guerrilleros todavía detenidos, y dio vía libre a un programa de corte neoliberal que sepultó 60 años de intentos industrialistas impulsados desde el Estado<sup>36</sup>.

Muy poco se pareció este desarrollo a los que tuvieron lugar en Uruguay y Chile tras la retirada de las Fuerzas Armadas. En el primero, la transición «pactada» dio paso a la restauración de la democracia, porque en el imaginario político del pequeño país del Plata «lo normal» había sido la hegemonía democrática (no la dictadura) a lo largo de todo el siglo XX, hasta que el presidente Bordaberry decidiera clausurar el parlamento en 1973. Sin embargo, los pactos de 1984 excluyeron al Partido Nacional, dirigido por el carismático Wilson Ferreira Aldunate, principal azote contra los militares desde el exilio; pero dejaron participar en los comicios al Frente Amplio, la coalición de izquierdas creada en 1971 como una opción progresista pero crítica con la lucha armada que abanderaban entonces los Tupamaros<sup>37</sup>. Pequeños detalles marcarían a la postre caminos bien diferenciados entre Uruguay y Argentina: en la segunda, el amplio movimiento revolucionario gestado en los setenta había sido completamente aniquilado por la dictadura bajo la advocación de la «guerra antisubversiva». Ni por asomo los partidos postdictadura recogían a aquellos entusiastas militantes de los setenta y sus reivindicaciones. Por el contrario en Uruguay, el Frente Amplio dirigido por el ex militar Liber Seregni, continuaba encarnando ideales socialistas y revolucionarios que, adecuadamente rebajados y adaptados a los nuevos tiempos, constituirían un contrapeso muy importante frente al programa de los partidos tradicionales. Julio María Sanguinetti, triunfador en las elecciones de 1984 como candidato de los colorados, emprendió un gobierno de «entonación nacional» que decretó la amnistía para los presos políticos (incluyendo a la cúpula de Tupamaros que había pasado los últimos 14 años en prisión) y consiguió aprobar (con el apoyo del propio Ferreira) la Ley de Caducidad de la Capacidad Punitiva del Estado, que blindaba a los militares por las violaciones contra los derechos humanos cometidas desde el poder. Casi dos años más tarde, el referéndum que buscaba derogar la Ley de Caducidad fue derrotado, dando por cerrada (en apariencia) la etapa dictatorial. Sin embargo, ese mismo año (1989) el Frente Amplio conquistaba la alcaldía de Montevideo, primera escala de un ascenso progresivo pero imparable que lo llevaría a triunfar en las elecciones nacionales de 2004<sup>38</sup>. Con gran

---

1990.

36. Una presentación variopinta sobre el primer mandato de Carlos Menem puede consultarse en: Atilio Borón y otros, *Peronismo y Menemismo. Avatares del populismo en la Argentina*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1995.
37. Gerardo Caetano (dir.), *20 años de democracia. Uruguay 1985-2005: miradas múltiples*, Taurus, Montevideo, 2005, pp. 15-37.
38. Constanza Moreira, «Resistencia política y ciudadanía: plebiscitos y referéndums en el Uruguay de los '90», *América Latina Hoy*, 36, 2004, pp. 17-45.

desventaja en lo que respecta a la memoria sobre la dictadura, asociada a la búsqueda de la verdad y la justicia para las víctimas de la represión - si comparamos con sus vecinos de la otra banda del río- sin embargo, el renacido sistema político uruguayo dio cabida a un partido que, ante los embates del neoliberalismo, se fortaleció en la defensa del Estado benefactor battlista y a través de un discurso político renovador de corte socialdemócrata, creció y acabó por desplazar del poder a los partidos tradicionales<sup>39</sup>.

Cerrando este bloque de balances entre transición y democratización, Chile presenta un caso extremo: en rigor, ni siquiera sería legítimo hablar de una transición política pactada. Todo se hizo conforme a la institucionalidad nacida de la dictadura militar pinochetista y su Constitución, aprobada por un espúreo respaldo ciudadano en 1980. El texto constitucional contemplaba la celebración de un plebiscito ocho años más tarde, que permitiría la continuidad del dictador por un nuevo mandato<sup>40</sup>. Cumpliendo escrupulosamente las reglas de la dictadura, el plebiscito se celebró, pero la presión internacional (para asegurar la limpieza del acto electoral) y la unión de la oposición provocaron una ajustada derrota del dictador. La asunción al año siguiente de un presidente civil (el líder de la Concertación Patricio Aylwin, el mismo que había apoyado el golpe militar contra Salvador Allende en 1973), marcó el restablecimiento de la democracia. Sus reflejos para timonear la nave del Estado en aguas turbulentas fueron tan grandes como los condicionamientos impuestos por Pinochet, quien continuó como comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas y en el futuro sumaría el cargo de senador vitalicio.

Con frecuencia se ha definido a Chile como una democracia tutelada a través de lo que eufemísticamente se denominó «enclaves autoritarios» (senadores vitalicios, un sistema electoral a la medida de los partidos de la derecha pinochetista, el anclaje de un poder judicial servil hacia la dictadura y el blindaje legal de los miembros de las Fuerzas Armadas<sup>41</sup>), pero tal vez sería más preciso hablar de una cohabitación entre un presidente civil y las Fuerzas Armadas. La obra de Pinochet fue glorificada como la fuente de una nueva etapa en la historia de Chile, y el dictador fue ensalzado como el benefactor que devolvió la democracia al país, sustentado en dos

39. Un detalle no menor en este proceso de crecimiento e incorporación de diferentes sectores, fue la reconversión de antiguos tupamaros al juego democrático, encabezada por reconocidos líderes como Eleuterio Fernández Huidobro o José Mujica, que crearon el Movimiento de Participación Popular y pidieron formar parte del frente Amplio en 1989. Vide: Mario Mazzeo, *MPP. Orígenes, ideas y protagonistas*, Trilce, Montevideo, 2005.

40. Existen numerosos estudios sobre la dictadura del general Pinochet. Para una visión con vocación de equilibrio sobre un tema tan controvertido puede consultarse: Carlos Huneeus, *El régimen de Pinochet*, Santiago de Chile, Sudamericana, 2000.

41. Diego Ferrer Fresquet, *El sistema de partidos chileno: transformaciones tras el gobierno autoritario*, Salamanca, Tesis de Maestría, 2004.

premisas clave: la intocabilidad del modelo económico neoliberal y el cierre con candado de todas las ilegalidades (incluyendo las violaciones contra los derechos humanos) perpetradas por la dictadura a lo largo de 17 años. Solamente a partir de la detención de Pinochet en Londres, en 1998, comenzó a requebrajarse el manto de silencio y empezaron a circular otras memorias y narraciones sobre el pasado dictatorial y su principal inspirador<sup>42</sup>. Más de una década después, Chile sigue mostrando la contradicción de ser el escaparate de América Latina en cuanto a los resultados de su modelo económico y social y, al mismo tiempo, continuar siendo un país con los típicos problemas estructurales de Latinoamérica: desigualdades sociales y regionales muy acusadas, concentración del poder y la riqueza en círculos estrechos, amplios sectores de la población en situación de pobreza y exclusión social, etc. (como dejó al descubierto el terremoto que azotó el país a comienzos de 2010).

## Centroamérica

La llegada de la democracia a los países del istmo (con excepción de Costa Rica) fue coetánea a la del Cono Sur, pero escenifica un fenómeno muy distinto en su naturaleza. Desde el paradigma trazado por la Ciencia Política, las transiciones a la democracia en Centroamérica suponen procesos desconcertantes o poco homologables a un traspaso del poder pacífico, sin coacciones y sin grandes sobresaltos, como tipificaban los politólogos. «Al contrario de lo que ocurrió en el Cono Sur, la transición a gobiernos electos en El Salvador, Honduras y Guatemala coincidió prácticamente con el peor periodo de violación de los derechos humanos, con la consolidación del poder militar sobre la sociedad civil y el Estado, y con la desmovilización de los movimientos opositores»<sup>43</sup>. ¿Cómo explicar tan lacerante contradicción entre la prescripción de los especialistas acerca de las condiciones en que debían darse las transiciones y las crudas realidades que acompañaron el estreno de la democracia en los países del istmo?

Primero sería recomendable trazar una visión de la evolución histórica de Centroamérica de plano medio: el desenlace de los «30 años gloriosos» en sociedades donde se operó un sistemático bloqueo político a los sectores emergentes -hijos de un crecimiento económico anárquico y desequilibrado-, y de un cambio cultural espectacular e imparable, no podía ser tranquilo. La crisis económica de la segunda mitad de los

---

42. Steve J. Stern, *Recordando el Chile de Pinochet. En vísperas de Londres 1998*, Ed. Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 2009.

43. Rachel Sieder, «Políticas de guerra, paz y memoria en América Central», en Alexandra Barahona de Brito, Paloma Aguilar Fernández y Carmen González Enríquez (eds.), *Las políticas hacia el pasado. Juicios, depuraciones, perdón y olvido en las nuevas democracias*, Istmo, Madrid, p. 250.

años 70 supuso también el agotamiento de un determinado modelo de dominación (oligárquico) y el abismo para unas élites tradicionales que, desconcertadas y aterradas por la emergencia de la insurgencia armada, se echaron en manos de los militares como última barrera de contención frente a la disrupción del orden conocido. «Decir que la revolución en América Central nació del encuentro paradójico de la prosperidad económica con la ‘teología de la liberación’ puede parecer exagerado, pero no dista mucho de la realidad»<sup>44</sup>. El triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua cambió las reglas de juego en que se había desarrollado hasta entonces la dinámica regional. «La revolución significó la ruptura de la hegemonía norteamericana, cuestionada ahora por Nicaragua, que buscó ampliar su margen de autonomía dentro de una óptica tercermundista. Internamente, también la revolución rompió los esquemas anteriores, al plantear una vía para el desarrollo y la resolución de la pobreza a base de la transformación radical de las estructuras no solamente políticas, sino económico-sociales del país. En resumen, el dualismo democrático-liberal y de economía de mercado fue sustituido por la construcción de un modelo alternativo, no bien definido pero de connotaciones socialistas»<sup>45</sup>. Una vez asumida la administración Reagan, toda la intransigencia norteamericana hacia las ideologías divergentes de la suya cayó sobre el pequeño país del istmo, identificado como una gran amenaza para la seguridad nacional de los Estados Unidos. A partir de ese momento, el temor al contagio revolucionario de los países vecinos (que tuvo fundamento durante el periodo 1979-1981, el más virulento de internacionalismo proletario exudado por los sandinistas en relación con su apoyo a las guerrillas en Guatemala y muy especialmente de El Salvador), dictaminó una confrontación que aislaba a Nicaragua, por un lado, frente a Estados Unidos y el resto de actores oficiales centroamericanos por el otro. Como eje de acción durante todo su mandato (que se inscribía en su ofensiva general contra el «Imperio del Mal»), el presidente Reagan mantuvo la idea fija de hostigar, castigar, arrinconar y asfixiar a los sandinistas hasta desalojarlos del poder. Curiosamente, una de las armas más efectivas para conseguirlo fue la promoción de la democracia en los países vecinos, como estrategia para dejar en evidencia el «totalitarismo» del régimen nicaragüense. Si por un lado el fantasma todavía cercano de Vietnam (que hizo descartar una invasión directa por parte de los marines) fue un obstáculo para zanjar el problema por la fuerza, por otro, estimuló a la diplomacia americana a

44. Alain Rouquié, *Guerras y paz en América Central*, FCE, México, 1994, p. 109. Este libro constituye una contribución capital para comprender las raíces históricas de la crisis centroamericana de la década de 1980.

45. Gabriel Aguilera Peralta, «Contadora y Esquipulas. Los procesos negociatorios y la crisis centroamericana», en M.E. Casaús Arzú y R. Castillo Quintana (coords.), *Centroamérica. Balance de la década de los 80. Una perspectiva regional*, CEDEAL, Madrid, 1993, p. 200-201.

explorar medios más sutiles para reducir al adversario (aunque Estados Unidos no se privara de hacer la guerra indirectamente, alentando y armando a «la Contra»)<sup>46</sup>.

«Elecciones y gobiernos civiles para ganar la guerra en El Salvador. Democracia recortada en Guatemala, como victoria política táctica de una estrategia contrainsurgente de largo plazo. Contención militar en Honduras, como ejercicio que prepara una eventual participación en la guerra con Nicaragua»<sup>47</sup>. En su fino análisis de la política regional en los 80, Edelberto Torres Rivas cuestiona que las elecciones de Suazo Córdova en Honduras (1981), Napoleón Duarte en El Salvador (1984) y Vinicio Cerezo en Guatemala (1986) condujeran naturalmente a procesos de construcción democrática. En el marco de poblaciones atenazadas por la cultura del miedo (fruto de la práctica sistemática del terror contra la población civil, que las elecciones no cancelaron totalmente), las deficiencias de los partidos y su débil implantación a nivel nacional, y la persistencia de los aparatos represivos alojados en las Fuerzas Armadas y legitimados por el Poder Judicial (que cruzaron indemnes la transición), este autor expresaba su abierto escepticismo ante la posibilidad de que estructuras autoritarias tuvieran la capacidad de «desmontarse» con tino conservador y sin provocar desbordes sociales, estableciendo mecanismos democráticos. En definitiva, el resultado fueron transiciones autoritarias, impulsadas no desde la sociedad sino desde el Estado, y que dieron como fruto la superación de la crisis desde el concepto de gobernabilidad de la nueva derecha (bien representada en todos los gobiernos centroamericanos desde la derrota sandinista de 1990), antes que por una genuina democratización, lo cual dejó sin resolver el origen del conflicto: la insatisfacción de necesidades básicas por parte de amplios sectores de la población centroamericana, no sólo en cuanto a democracia política, sino en cuanto a la distribución de la riqueza.

El Estado pretoriano continuó señoreando Guatemala más allá de la presidencia de Vinicio Cerezo, en 1988 ARENA triunfó en las elecciones de El Salvador (colocando en el gobierno a un partido cuyo núcleo dirigente respondía al mayor D'Abuisson, cabeza visible de las fuerzas paramilitares) y la coalición UNO liderada por Violeta Chamorro en Nicaragua abrió la etapa postsandinista con un programa de ortodoxia neoliberal envuelto en un espíritu de reconciliación nacional. Pero no fue hasta 1993 en El Salvador y 1996 en Guatemala que la democracia dejó de coexistir con la guerra. Sin abundar en otras anomalías, existirían muchos argumentos para sostener la democratización pendiente de Centroamérica (por

46. Un buen panorama de los acontecimientos puede hallarse en: Salvador Martí i Puig, *La revolución enredada. Nicaragua 1977-1996*, Los libros de la catarata, 1997.

47. Edelberto Torres Rivas, «Democracias de baja intensidad», en M.E. Casaús Aarhus y R. Castillo Quintana (coords.), *Centroamérica. Balance de la década...*, p. 85.



ejemplo, el reciclaje de la violencia en forma de violencia social a través de la proliferación de las Maras), pero cerraremos esta sección con las palabras de Salvador Martí i Puig y Salvador Santiuste Cué (que excluyen el caso costarricense): «Podemos afirmar que las democracias en estos tres países [Nicaragua, Guatemala y El Salvador] han desembocado en un simple proceso de permanencia de las instituciones representativas que sólo favorece a unas élites políticas que no dan respuesta, hoy por hoy, a la mayoría de las demandas que hace tres décadas pusieron en crisis anticuados regímenes autoritarios»<sup>48</sup>.

## Conclusiones

Quedan algunos casos en el tintero: tal vez lo más cuestionable a esta revisión de las transiciones latinoamericanas sea la ausencia de un análisis sobre Brasil, que si bien parecería incluirse cómodamente en el bloque de los casos del Cono Sur, a nuestro juicio presenta características que lo singularizan no sólo respecto de Chile, Argentina y Uruguay, sino en relación a todos los ejemplos de transiciones a la democracia en América Latina; por eso lo dejamos para otra oportunidad.

El corolario de nuestro trabajo es subrayar las limitaciones y especificidades de las transiciones a la democracia desde los gobiernos autoritarios. En este tránsito, antes que enérgicos procesos de democratización impulsados desde la sociedad, nos encontramos casi sin excepción con la morigeración de las aristas más rípidas desde regímenes autoritarios que practicaron sistemáticamente el terrorismo de Estado, sustituidos por regímenes políticos surgidos de elecciones, pero muy lejos de cumplir con los presupuestos mínimos de la democracia (aún para los procedimentalistas). Con algunos matices y enfatizando algunos aspectos que entonces no parecían tan importantes, una parte de la conclusión fue adelantada por Marcelo Cavarozzi, cuando el neoliberalismo apenas adquiría carta de ciudadanía en América Latina: este autor sostenía que había tenido lugar una doble transición<sup>49</sup>. La Historia reciente nos permite afirmar que la verdadera transición fue desde una matriz estado-céntrica a un radicalismo de libre mercado de cuño neoliberal (profundamente antidemocrático, por otra parte). En países donde el Estado nunca se había autonomizado realmente de los grupos dominantes privados (como es el caso de la mayoría de los latinoamericanos), los medios de comunicación ejercen una influencia descomunal sobre los gobernantes (o son directamente sus instrumentos de dominación) y las Fuerzas

48. Salvador Martí i Puig y Carlos Figueroa Ibarra (eds.), *La izquierda revolucionaria en Centroamérica. De la lucha armada a la participación electoral*, Catarata, Madrid, 2006, p. 202.

49. Marcelo Cavarozzi, «Más allá de las transiciones a la democracia en América Latina», *Revista de Estudios Políticos*, nº 74, 1991, pp. 85-111.



Armadas jamás fueron sujetadas a la autoridad civil, la tan esperanzadora democracia puede quedar reducida a un conjunto de actos rituales (como las elecciones o la conformación de parlamentos) donde una panoplia de instituciones y reglamentos queda en manos de lobbies o camarillas que los manipulan con un espíritu muchas veces contrario a los objetivos para los que fueron concebidos. Esto último, por ejemplo, puede abrir nuevas lecturas e interpretaciones al tan mentado «giro a la izquierda» que las elecciones empezaron a arrojar en varios países del subcontinente en el tránsito de los siglo XX al XXI. Y a evaluar con otra perspectiva el fantasma del retorno del «populismo» a América Latina, con toda su carga peyorativa, frente a una democracia liberal moralmente superior pero inalcanzable para millones de personas que pueblan la región.